

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 349

Barcelona, 16 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Los alemanes hablan de Alemania

En Alemania la mayoría de la gente lleva hoy una máscara, que sólo en los círculos de más confianza se atreve a quitársela. En el extranjero se la quitan cuando se hallan completamente seguros. Entonces, su voz cambia de tono, recobra su acento natural. Cuando dos alemanes se encuentran en tierra extraña, necesitan un gran rato para convencerse de si deben o no desenmascararse. Esto ocurre hasta fuera del Reich. Si con ellos hay algún extranjero, éste puede ser testigo de inesperadas confesiones.

Tenemos a la vista unas notas de la conversación sostenida recientemente, en una capital del occidente de Europa, entre un jefe militar alemán, un profesor de una Escuela Superior del Tercer Reich y un financiero inglés, amigo de los dos. Los tres habían visitado la Exposición Internacional de París y hablaban de la impresión que producía la Casa Alemana. Los tres opinaron (estuvieron conformes en la opinión) de que su producción no corresponde a la magnitud de la industria y la técnica alemanas.

Otra vez ha fallado la capacidad de comprender la mentalidad del extranjero.

El que se haya llevado a París un modelo del mayor campamento del mundo de los S. A., resulta tan característico como incomprensible. Es terrible ver cómo se han trasplantado a otros países, sin ser modificadas, cosas que corresponden quizá a las costumbres e idiosincrasias alemanas, pero que no emplean en otros pueblos. En los pabellones de la exposición alemana se mostraba gran contento porque se habían podido evitar ciertas extravagancias. Sin embargo, los franceses llamaron maliciosamente al modelo de crematorio, «Parvuenillion Allemand».

Pronto los señores del Tercer Reich se dispusieron a hablar. Como es natural, lo primero que se debatió fué el problema Schacht. El inglés lo sabía con seguridad. Lo único que le interesaba era saber si Schacht había protegido a los judíos. El profesor declaró que eso era una leyenda. Schacht había frenado las persecuciones en dos casos en que le convenía hacerlo para fines económicos o propagandísticos. En realidad, el judío no disponía de ningún derecho y todo lo que le perjudicaba estaba permitido. Y aprovechaban toda coyuntura para causarles daño los «bonzos» del partido, o favoritos, sin desdeñar ninguna ocasión. Bajo ningún aspecto podía confiarse en la justicia. Primero, porque apenas si se instruía proceso; segundo, porque faltaba la defensa de la ley. El profesor afirmó entonces que mientras se tratase de los jueces antiguos, podía tenerse alguna esperanza, ya que éstos habían conservado íntegra-

mente su independencia. Pero ha habido que hacer sitio en la judicatura a jóvenes asesores, jueces y abogados del Estado, que sólo practican la justicia del partido. Entre el ministro de justicia Gürtner y el comisario de Justicia del Reich, Frank, hay una lucha continua. Según decía, hace poco, uno de esos señores, Gürtner sólo se sale con la suya Cuando Frank no está. Frank entró en funciones para rehabilitar a su padre, un antiguo abogado, quien por razones de orden grave tuvo que renunciar a la abogacía. Y a esto se le llama «limpieza civil». Luego la conversación giró en torno a la política exterior. El financiero inglés opinó: «En la gran política sucede como en el tenis. No cuentan los propios méritos, sino las faltas del contrario.» El general dijo: «Sí, es muy lamentable ver cuán pocas de nuestras oportunidades han sido y son aprovechadas. La Reichswehr, créame usted, se figura estar en condiciones de dar el puñetazo sobre la mesa. Nosotros no queremos guerra, por lo menos durante los diez próximos años, porque mejor que nadie conocemos los riesgos a que nos expondríamos. Naturalmente, obedecemos la orden de arriba, cuando llega la ocasión. Hemos obedecido a Ebert y a Hindenburg, y de igual modo obedeceríamos a Hitler. El ejército tiene mucho que agradecerle. Pero el hecho de que, en contra de las ideas de nuestro inolvidable Seek, discutamos con Rusia y nos enemistemos con Inglaterra, es aún más absurdo que el de ir incondicionalmente de acuerdo con el duce. Al führer le debe ir muy mal, cuando se une al hombre del que tanto se burló en su entrevista de Venecia. Mientras Mussolini le decía cortésmente «adiós» al huésped que se remontaba en el aeroplano, decidió exteriorizar su desprecio hacia él. Lo único que deseo es no necesitar la lealtad de los italianos. Militarmente, lo mejor que tienen es la aviación. La prueba es la derrota que sufrieron en Guadalajara. No cuenta la victoria obtenida más tarde en el Norte, ya que no fué debida al heroísmo, sino a la ventaja de su material sobre el de las agotadas milicias.»

Terminó el profesor con una «frase» que se atribuye a un autorizado diplomático francés: «¡Dios ha estado siempre al lado de los franceses! Cuando tuvimos guerra contra Inglaterra, nos envió a Juana de Arco; después de la sacudida de la gran Revolución, a Napoleón I; durante la conflagración mundial, a Clemenceau y Poincaré, y ahora, en esta difícilísima situación europea, manda a Londres a Ribbentrop como representante alemán!»

(«National Zeitung», 6-1-1938.)

“¡DIOS

ha estado siempre al la-

do de los franceses.

Cuando tuvimos guerra contra Inglaterra, nos envió a Juana de Arco; después de la sacudida de la gran Revolución, a Napoleón I; durante la conflagración mundial, a Cle-

mentenceau y Poincaré, y ahora, en esta difícilísima situación europea, manda a Londres a Ribbentrop como representante alemán!”

(Del artículo “Los alemanes hablan de Alemania”)

Noticias de la zona fascista

Un desfalco de setenta millones de pesetas

Ha sido descubierto en el tesoro de guerra de los rebeldes

Saint Jean de Luz. — Acaba de confirmarse cuanto se venía rumoreando por ésta últimamente sobre el gran desfalco que acaba de ser descubierto en el Tesoro de Guerra de los rebeldes, por el cual miles de familias modestas quedan completamente arruinadas.

Se trata de un desfalco cuya cuantía, según los datos de última hora, sobrepasa la suma de sesenta millones de pesetas.

Cítase el hecho de que lo ha descubierto un modesto empleado nuevo en las Oficinas de Contabilidad del Tesoro. Son innumerables las personalidades de gran relieve en el campo insurgente que se hallan complicadas. Se da como seguro que también se hallan complicadas las primeras figuras, puesto que nadie se expli-

ca, de otro modo, que haya permanecido durante tantísimo tiempo en silencio. La versión más cierta parece ser que es la de que se trataba de crear un fondo secreto en el extranjero para asegurar la existencia de los dirigentes rebeldes en su próxima huida.

El medio de que se han valido para sustraer de los Bancos el disponible de los fondos que poseían depositados los cuentacorrentistas y demás impositores, ha consistido en expedir mayor número de estampillados que el dado a conocer oficial y públicamente, lo cual se tiene la seguridad de que ha sucedido con conocimiento de causa de los jefes rebeldes.

Esta es la razón, además de la de la guerra, por la cual el pueblo sometido por Franco carece de recursos o es racionado en forma que se le hace imposible soportar más tiempo la desesperada situación a que se le ha conducido. Se sabe que, para disimular la falta de tal dinero, ha sido ordenado un nuevo aumento de la moneda fiduciaria, en el que se emplearán varias toneladas de papel.

Es lo chusco del caso que nadie puede dar cuenta ni noticia del lugar donde puedan encontrarse los aludidos fondos sustraídos por procedimiento tan ingenioso, toda vez que los aristócratas españoles a quienes parece les habían confiado su custodia, han desaparecido con todo el dinero, sin dejar la menor huella.

Se recuerdan en ésta y son muy comentadas las orgías que ciertos elementos españoles celebraban en toda la Costa Vasca, especialmente en Biarritz y en Saint-Jean-de-Luz, en las que derrochaban sumas importantes, en momentos que miles de jóvenes reclutados por ellos sucumbían en los frentes de batalla.

(«Euzkadi». Barcelona, 15-1-38.)

La policía recoge un boletín de la diócesis de Berlín en el que se insertaba una Pastoral del Prelado

París.—Informan de Berlín a la Agencia Havas que el domingo, en todas las iglesias de la diócesis, se leyó una pastoral del obispo monseñor Conrad von Preysing, recomendando a los padres que envíen sus hijos a las escuelas católicas.

El Prelado dice en su Pastoral que, a causa de una errónea interpretación, creyeron que en Alemania estaba prohibido mandar los niños a las escuelas católicas, pero estas escuelas estaban incluidas en el Concordato y el III Reich garantiza su funcionamiento.

El «Boletín Oficial» de la diócesis, en el que aparece esta pastoral, ha sido recogido por la policía.

Los motivos de esta determinación obedecen a la persecución entablada por Alemania contra la religión cristiana.

Simpatía del pueblo Mallano hacia España

Un obrero condenado a prisión y varios deportados acusados de solidaridad hacia los republicanos españoles

Ginebra.—El «Journal des Nations» publica una noticia, procedente de Milán, según la cual cinco obreros fueron condenados por el Tribunal Especial a cinco años de cárcel por haber propuesto una suscripción en favor de la familia de un voluntario italiano que lucha en España contra los rebeldes. Otros veinticuatro obreros milaneses han sido deportados a la isla de Lípári por haber contribuido a fomentar aquella suscripción.

La noticia confirma una vez más el fondo de solidaridad que anida en el espíritu del pueblo italiano hacia la lucha que mantiene el Gobierno republicano español, liberadora de los destinos de ambos países.

El episcopado español y la guerra civil

Por LUIS DAVID CRUZ OCAMPO

y VI

De la beligerancia episcopal y otros asuntos

«La Iglesia —dice el texto de la Pastoral— no ha querido esta guerra ni la buscó, y no creemos necesario vindicarla de la nota de beligerancia con que en periódicos extranjeros se ha censurado a la Iglesia en España».

En realidad, esta declaración es perfectamente inútil. Nadie quiere la guerra; y si alguien la quiere, no lo dice. Seguramente si se interroga a Hitler o Mussolini sobre si quieren la guerra, declaran, sin vacilar, que no sólo no la quieren, sino que trabajan incesantemente por la paz. La verdad es que ellos sólo quieren el predominio político sobre tal o cual país y, evidentemente, preferirían obtenerlo por la sumisión pacífica de los afectados. Italia, sin duda, no quería la guerra con Etiopía, pero se vio en la necesidad dolorosa de hacerla porque quería el territorio de Etiopía. Sería absurdo pensar que si lo hubiera podido obtener sin lucha siempre, hubiera hecho la guerra. Los pueblos nunca quieren la guerra; sólo quieren cosas que llevan a la guerra, entre ellas ciertas ideas políticas. Un individuo de vida desarreglada no quiere las enfermedades que suelen ser su consecuencia; quiere sólo las diversiones. Bandidos que asaltan un banco, sólo quieren el dinero y, muchas veces, contrariando sus íntimos sentimientos de bondad, se verán en la necesidad de asesinar a los que se oponen a sus deseos.

El Episcopado no cree necesario vindicar a la Iglesia española del cargo de beligerancia que se le ha formulado. En realidad, no hay para qué examinar este punto, ya que no puede quedar duda alguna acerca de su efectiva beligerancia después de la Pastoral que, a más de tratar de justificar la rebelión invocando doctrinas de los moralistas, manifiesta que la conveniencia de España está en el triunfo de los rebeldes. La beligerancia es una situación de hecho y no de doctrina; tampoco depende de si se ha querido o no la guerra, sino del hecho de que se procure por los medios a su alcance el triunfo de uno de los bandos beligerantes.

«La guerra pudo preverse —dice en otro punto la Pastoral— desde que se atacó ruda e inconsideradamente al espíritu nacional». Habría sido inútil decir cuándo y quiénes comenzaron ese ataque. ¿Comenzó con la caída de la monarquía? ¿Comenzó cuando se atacó la gran propiedad territorial con la Reforma Agraria? Nada menos preciso y que se preste, por tanto, a mayores equívocos que esa expresión «espíritu nacional». Y la Pastoral que pretende puntualizar los hechos para fijar su posición, debería haber expresado con una mayor aproximación cuáles son, a su juicio, los factores que forman ese espíritu, para poder, entonces, apreciar la influencia que pudo tener en la generación de la guerra el ataque inconsiderado a que se hace referencia.

La revolución que suprimió la monarquía fué recibida por todos, salvo los afectados directamente, con señales de inconfundible regocijo; de modo que no parece que con ello se hiriera el espíritu nacional. Pero cuando la clase desplazada comenzó a reponerse de la sorpresa que le produjeron los hechos, empezó también a organizarse la resistencia. En esa época, pocos días después de la revolución de abril de 1931, el conde de Romanones fué interroga-

do acerca del porvenir que aguardaba al nuevo régimen. El conde fué más explícito que el Episcopado español: respondió que ese porvenir dependía en gran parte de la solución que se diera a la cuestión agraria.

Pocas veces un pronóstico político fué más acertado que este del conde de Romanones. La agitación de la derecha, que hacía prever la guerra, comenzó justamente cuando se formalizó el primer proyecto de Reforma Agraria, y se reprodujo y activó esa agitación cada vez que de algún modo se tocó ese problema.

Tan extraña coincidencia hace pensar que este asunto es el que se llama metafóricamente «espíritu nacional». La primera reacción de las derechas se produjo cuando se envió a la Cámara el proyecto de la Comisión de Reforma que había nombrado el ministro de Justicia don Fernando de los Ríos. La agitación fué de tanta importancia, que el Gobierno se vio precisado a retirar el proyecto y empezar la redacción de uno nuevo, que fué remitido a la Cámara el 5 de abril de 1932. La derecha atacó este proyecto dentro y fuera del Parlamento, con ese entusiasmo, que se llama patriótico, con que siempre defiende la intangibilidad de sus privilegios. El 10 de agosto de 1932 estalló la revolución derechista encabezada por Sanjurjo. El movimiento fué rápidamente sofocado, por lo que fué innecesario redactar pastorales que lo declararan justo. La izquierda reaccionó aprobando rápidamente la ley y añadiendo como sanción la expropiación sin indemnización de las tierras de los grandes de España, que con su actitud empujaban a España.

Uno de los primeros actos de la derecha cuando subió al Poder después de las elecciones de 1933, fué el de amnistiar a los revolucionarios de 1932, y luego, más tarde —octubre de 1935—, presentó un proyecto de reforma a la Ley Agraria, al que se daba efecto retroactivo. El triunfo del Frente Popular significó una amenaza de aplicación de la ley de 1932, y entonces se recurrió al movimiento revolucionario, preparado ahora con mayor cuidado.

El general Franco, en un artículo suyo publicado en la «Revue Universelle» (1), expresa que la revolución debió estallar en el momento en que Gil Robles quedó fuera del Ministerio de Guerra; pero añade que así no se hizo por falta de la debida preparación. «Muchas personas se han preguntado —dice— por qué el Ejército, que veía claramente el desastre que el triunfo del Frente Popular significaba para España, no había dado el golpe sin más tardanza. La respuesta es muy simple. No había entonces ejército realmente organizado».

En consecuencia, sólo una circunstancia accidental impidió que la revolución estallara meses antes de que triunfara el Frente Popular. Este retardo fué una suerte para España, por cuanto retardó por algunos meses la invasión extranjera de la Península; y fué también una suerte para el Episcopado, porque, de otro modo, se habría visto privado, para justificar su beligerancia, de los argumentos derivados del triunfo del Frente Popular, argumentos atractivos para toda la gente de orden que contribuye eficazmente al desorden del mundo actual.

(«La Hora». Santiago de Chile. 16-11-37.)

(1) Francisco Franco. — «Pourquoi nous avons déclanché le Mouvement Nationaliste». «Revue Universelle», París, 15 marzo, 1937. Número 24.

Es un mal del que la humanidad debe librarse, aun cuando sea a costa de sacrificios

«La Stampa» publica en lugar de honor un artículo de Alberto Stéfani, ex ministro fascista de Hacienda, cuyo tono expresa cierta preocupación, que se difunde incluso en algunos medios industriales, motivada por la política de armamento ilimitado que se está llevando a cabo en Italia y en otros países.

El artículo de Stéfani critica la política de armamento que sigue Inglaterra; pero esta crítica está hecha de tal modo, que todo lector inteligente puede aplicar el mismo razonamiento en lo que a Italia se refiere. De Stéfani critica la concepción según la cual las inversiones de capital y el gran empleo de la mano de obra requerida por la producción de guerra, producen un desarrollo de la economía y un bienestar para las masas. El ex ministro fascista termina así su artículo:

«La máquina económica está demasiado cargada. Las variaciones repentinas, aún las más

considerables, no se producen sin sacrificio, precio que la humanidad debe pagar para liberarse de la amenaza de un mal y para reconquistar su tranquilidad.»

Como puede verse, Stéfani considera la carrera de armamentos como un mal del que la humanidad debe librarse, aun cuando sea a costa de sacrificios, para reconquistar su «tranquilidad». Estamos muy lejos de la teoría de Mussolini, según la cual «la guerra es para el hombre como la maternidad para la mujer».

En resumen, parece verse en este artículo cierta inquietud que se deja sentir en los ambientes lejanos populares también, a causa de la política agresiva del gobierno fascista que mantiene en Italia un estado de tensión y de guerra permanente, y expresa una necesidad de paz.

Este artículo de Stéfani es muy comentado en Italia.

De los orígenes del Gran Ejército popular

(Un capítulo del libro «Reporter in Spain», de Frank Pitcairn)

El Monasterio-escuela de los Salesianos, situado a la calle de Francos Rodríguez, Cuatro Caminos, es nuevo, feo, y no tiene obras de arte que valga la pena mencionar. No lo encontraréis en las Gúfas.

Pero en los libros de Historia del futuro tendrá, sin embargo, un capítulo aparte, ya que ha sido uno de los centros nerviosos de la lucha de España por la democracia, la cuna, el hospital y, finalmente, el primer campo de instrucción del Ejército del Pueblo.

El Quinto Regimiento de Milicias comenzó con 200 hombres, que tomaron parte en el ataque al cuartel de la Montaña y lucharon en la Sierra en los primeros días del avance fascista hacia Madrid.

Costó algún trabajo persuadir a esos hombres para que ingresaran en el cuartel de la calle de Francos Rodríguez — de donde habían huído los frailes, abandonando un nido de ametralladoras, desde el cual sembraron la muerte en la populosa barriada — y siguieran un curso especial de instrucción militar. Considerábase entonces como demasiado largo un período de instrucción que durase doce horas en junto.

No obstante, los 200 hombres del cuartel de Cuatro Caminos sufrieron un entrenamiento de ocho días, y se formaron con ellos las primeras «Compañías de Acero». Estas tropas de choque juraron no retroceder mientras no se les ordenara hacerlo.

Y no retrocedieron nunca.

De los primeros 400 que fueron a la línea de fuego, sólo 80 volvieron con vida, la mayoría de ellos más o menos gravemente heridos.

Las Compañías de Acero se multiplicaron.

Después, vino el reclutamiento en gran escala. A fines de agosto de 1936, el Quinto Regimiento había enviado no menos de 16000 hombres. Ciudadanos de todas las clases sociales acudían a las oficinas de reclutamiento, presentaban su carnet sindical, sufrían un detenido interrogatorio para ver si eran personas absolutamente adictas y pasaban a examen médico.

Prestaban un juramento, cuyo texto es el siguiente:

«Yo, hijo del pueblo, ciudadano de la República española, me comprometo voluntariamente a prestar servicio como miliciano. Prometo al pueblo y al Gobierno de España, fruto de la

victoria electoral del Frente Popular, defender con mi vida la libertad democrática y la causa de la paz y el progreso, y ostentar con honor el título de miliciano.

«Prometo estudiar la ciencia militar y tener el mayor cuidado en conservar sin deterioro el material de guerra que la nación me confíe. Prometo velar porque los demás observen la más rígida disciplina y cumplir fielmente las órdenes de mis jefes.

«Prometo no cometer ningún acto deshonesto y evitar que otros lo cometan, procurando siempre conducirme correctamente, con el pensamiento puesto en los altos ideales de la República española, al primer llamamiento del Gobierno, poniendo todo mi esfuerzo y mi vida al servicio del régimen republicano y del pueblo.

«Si no cumpliera esta promesa que voluntaria y solemnemente hago, caiga sobre mí el desprecio de mis camaradas y castígueme la implacable mano de la ley.»

Lo primero que oí, al unirme a ese notable regimiento, fué el grito de rabia de un joven que se hallaba en el patio del cuartel: «¡Sargento, venga usted a enseñarme la instrucción! ¡Aquí no hay nadie que nos enseñe!» Era la primera vez que oía a un soldado pedir con tanto afán ser instruido militarmente. Llegó el sargento y habló con él un momento. Le explicó que no había bastantes instructores para todos, que era preciso esperar.

Cuando yo era niño vi en Northumberland a unos mineros que, habiéndose enrolado en el primer ejército de Lord Kitchener, hacían la instrucción con palos de escoba en los campos de Berkhamsted. En la calle de Francos Rodríguez vi a otros hombres partir, con sus manos, tablas de una casa vecina en ruinas para utilizarlas como fusiles en los ejercicios de preparación militar.

Todas las mañanas, cuando el naciente sol proyectaba aún largas sombras en el patio del cuartel y las mujeres de los Cuatro Caminos formaban cola ante las tiendas de comestibles, los hombres del pelotón, que se habían alistado juntos unos cuantos días atrás, rodeaban a los sargentos y oficiales profesionales que allí había y les preguntaban: «¿Tendremos fusiles hoy?»

«Tal vez, esta tarde», se les contestaba, «o mañana».

Entretanto, los caballeros de Londres y París argüían que lo más conveniente para el pueblo español era la «no-intervención».

Había un muchachote de Albacete que tenía buena voz y solía cantar algunas veces para sus compañeros de pelotón. Una tarde calurosa, en que por duodécima vez habíamos estado alrededor de la Armería esperando recibir fusiles, nos dieron unos figurados para hacer la instrucción.

El cogió el suyo, animoso, creyendo que era de verdad; pero al ver que no lo era, su desencanto no tuvo límites.

Parece que le estoy oyendo ahora mismo exclamar: «¡Yo quiero luchar; ¡yo quiero luchar por mi país y me daís esto!... ¿Por qué? ¿Por qué?»

No me pareció, siendo yo inglés, que era aquél el momento más oportuno para decirle que algunos de mis compatriotas estaban, tal vez, en aquel mismo instante, diciendo en Inglaterra que la «no intervención» se observaba escrupulosamente.

En el pelotón donde yo me hallaba había 18 hombres además del sargento: seis campesinos del Sur de Madrid, un joven carpintero de Ciudad Real, cuyo padre había sido ejecutado por los fascistas en 1935 por el crimen de ser socialista, dos empleados de Toledo, un viajante de comercio de Madrid, un fabricante de cepillos de Talavera, un zapatero que había venido a incorporarse desde muy lejos e hizo el viaje a pie por los campos, invirtiendo en él cinco semanas, un muchachito de dieciséis años, de Valencia, y yo.

Apretujados como sardinas en banasta en una veintena de camiones, salimos una tarde del cuartel los hombres de las demás compañías del Regimiento y nosotros. La multitud nos aclamó en la calle.

Las mujeres nos echaban sandías a los camiones para que calmáramos la sed durante el viaje. Los hombres nos animaban y nos deseaban buena suerte.

Entonces, Pedro Sánchez, el muchachote de Albacete, rubio, de ojos azules, se puso de pie sobre uno de los costados del camión, y elevando su voz, como el bramido de un toro, por encima de aquel estruendo, gritó:

«¡Viva la República española! ¡Viva la Democracia! ¡Viva el Ejército Popular!»

La situación militar en España y el Ejército gubernamental

Los ecos de la batalla de Teruel resuenan todavía en el mundo entero. Singular y conmovedora batalla que, una vez más, hará entrar a la prestigiosa ciudad y a los valientes soldados de España en la leyenda de los siglos. Batalla apasionante y sugestiva, aun para aquellos que la han seguido desde lejos. Los años, dando crédito a los comunicados nacionalistas, veían ya a Franco perseguir a los gubernamentales poniéndoles la espada en los riñones, bajar en tromba por las pendientes y llegar al mar, dando así fin a la guerra. Los otros comprendían que las fuerzas republicanas son un verdadero ejército. Por último, los que reflexionan advertían este hecho nuevo que tiene importancia extraordinaria: España cuenta con dos ejércitos como no los conoció nunca; tiene millón y medio de hombres sobre las armas, equipados para la guerra, instruyéndose en cada campo para vencer al otro y que, el día en que estén reconciliados, pesarán en la balanza de los ejércitos europeos.

Pero, sobre todo, la batalla de Teruel otorga una nueva actualidad a la pregunta que cada cual se hace desde el momento en que Franco terminó la conquista del noroeste de España: ¿Puede el Ejército Republicano contener los asaltos de Franco y pretender luego derrotarlo? Es, pues, interesante saber exactamente lo que es este ejército y cuáles son sus posibilidades con respecto al ejército de Franco.

Los gubernamentales han realizado, para llegar a constituir su ejército, un esfuerzo magnífico, que es expresión elocuente de su voluntad de vencer. Pero, ante todo, ¿cuál es el valor del ejército contrario?

Los efectivos españoles y extranjeros de este último no son exactamente conocidos. Pero no creemos estar lejos de la realidad calculando en cincuenta o sesenta mil el número de voluntarios extranjeros y en unos quinientos mil el número de combatientes españoles y moros. Posee pocos carros de combate, y también poca artillería, aunque esté algo mejor dotado que los gubernamentales. Está bastante bien encuadrado, ya que en sus filas se hallan las tres cuartas partes de los oficiales de carrera, es decir, de diez a doce mil, y casi todos los generales. Dispone de técnicos y de especialistas extranjeros, que no siempre son escuchados, pero que, sin embargo, aumentan el rendimiento de ciertas armas y de los servicios. Los italianos forman unidades homogéneas. Los jefes gubernamentales afectan no concederles sino un escaso valor guerrero; «un soldado de Madrid vale por tres soldados italianos», nos decía el general Miaja.

En conjunto, por falta sobre todo de artillería, y a pesar de la ayuda aérea, el ejército nacionalista tiene sólo una débil capacidad ofensiva.

Los gubernamentales, hace un año, no tenían más que milicias. De entonces acá, han organizado, en las ciudades y en los campos, la preparación premilitar obligatoria. Han movilizado a todos los hombres de los veinte a los veintiocho años de edad. El número de combatientes puede calcularse en seiscientos o setecientos mil hombres; el de volun-

tarios extranjeros no excede de diez a doce mil hombres en las Brigadas Internacionales, la mitad de las cuales son hoy españolas. Los oficiales de carrera son pocos; los demás han sido nombrados durante la guerra. La Escuela Popular de Guerra de Valencia y las escuelas especiales de Artillería e Ingenieros, producen cada tres meses grandes promociones de jóvenes oficiales. Una Escuela Superior de Guerra crea oficiales de Estado Mayor.

Estos cuadros, formados rápidamente, adolecen de falta de una buena cultura militar y a veces de cultura general. Pero están llenos de buena voluntad y de encarnizamiento para el trabajo. Tienen, como la tropa, una moral elevada y están animados, a la vez, por el ideal republicano y por el espíritu patriótico. Ya en la actualidad permanecen al margen de la política; pero, en general, no ocultan su franca oposición al comunismo.

Las armas son bastante heterogéneas. Se ha logrado, sin embargo, proporcionar a cada ejército un material casi totalmente homogéneo. Ese material es reparado por completo en España, y progresivamente se le está fabricando en su totalidad.

Los carros no son muchos, lo mismo que los cañones; su número, con relación a los efectivos de Infantería, es más o menos cinco veces menor que el de los mismos efectivos del Ejército francés durante la guerra.

Las grandes unidades están organizadas, siguiendo la forma clásica, en ejércitos, cuerpos de ejército, divisiones, brigadas mixtas y reservas generales de artillería y de carros. Poseen todos los servicios: ingenieros, transmisiones, intendencia, sanidad y transportes automóviles.

Generalmente las mandan oficiales de carrera.

El ejército es todo él una escuela de instrucción, con todas las escalas de mando, en la que se desarrollan programas análogos a los de los tiempos de paz. La instrucción se lleva a cabo hasta en el frente. Por otra parte, los golpes de mano, las ofensivas con objetivo limitado, hacen más aguerrida a la tropa y educan a los Estados mayores y a los jefes para la preparación y dirección de los ataques. Utilizan los carros de combate juiciosamente, como arma de acompañamiento de la infantería. La artillería es de valor vario, pero se instruye; la de Madrid está iniciada en todos los métodos modernos de preparación y de dirección del tiro.

El modelo que se sigue siempre en todas las armas y servicios, ya se trate de instrucción, ya de organización o de doctrina, es el ejército francés, aunque no haya ningún representante de este ejército.

A causa de sus sinuosidades, el frente se extiende sobre unos 1,700 kilómetros; en todas partes está organizado defensivamente.

Del lado nacionalista, esta organización está constituida, generalmente, con puntos de apoyo sólidamente organizados bajo la dirección de técnicos alemanes. Las organizaciones arrebatadas por los gubernamentales alrededor de Belchite, y que defendían a Zaragoza, eran verdaderos trabajos de fortificación semi-permanente, combinación de obras de infantería y de casamatas o cúpulas de artillería, de puestos de mando y de defensas accesorias. Estos puntos de apoyo se ligan unos a otros en los sectores activos por medio de una trinchera continua.

Del lado gubernamental, hay una línea continua de trincheras de infantería, con observatorios de artillería y abrigos subterráneos para las reservas de infantería y artillería; línea precedida de defensas accesorias, y a la cual desembocan corredores de comunicación. En los sectores activos hay un sistema de trincheras de primera y de segunda línea y de posiciones de repliegue.

A menudo hay una tercera posición detrás de un obstáculo natural, jalonada de puntos de apoyo organizados. De esta manera queda escrita sobre la tierra la resolución de no capitular jamás.

¿Cuál es el respectivo valor de los dos ejércitos? ¿Cuál la solidez de sus frentes? A las operaciones anteriores, y en especial a las de los últimos meses, es a las que hay que dirigir esta pregunta.

El ejército nacionalista obtuvo éxitos en Málaga y en el Norte de España, pero en condiciones particulares que ya no volverán a encontrarse. En Guadalajara tuvo la experiencia de un ataque de ruptura que fracasó completamente. Desde entonces se abstuvo de tomar la ofensiva hacia el Este.

Pero, desde el verano, se han enfrentado los dos ejércitos en el curso de las ofensivas lanzadas por los gubernamentales para aliviar a los defensores del Norte de España. Son las ofensivas limitadas de Segovia, de Brunete, de Belchite y hoy de Teruel.

El ataque ha alcanzado siempre los primeros objetivos. En Teruel realizó por completo el plan previsto. Provocó en el acto enérgicos contraataques, merced a los cuales se recobró una parte del terreno conquistado, pero sin lograr volver

a empujar a los asaltantes al punto de partida. Por causa de armas especiales en cantidad suficiente —artillería, ingeniería y defensa contra aviones—, los dos ejércitos gastan fuerzas y sufren pérdidas que no guardan proporción con el frente de operaciones y con el resultado material previsto. Alrededor de cuarenta mil hombres entraron en combate de una y otra parte en Brunete y en Belchite; sesenta mil en Teruel. Finalmente, los dos ejércitos se equilibran y dan la impresión de que son de igual fuerza.

La batalla de Teruel es todavía más significativa que las dos precedentes, porque Franco dispone actualmente de las tropas que estaban antes comprometidas en el Noroeste de España. Por ello, su contraofensiva ha sido singularmente violenta. Pero, dicen los jefes nacionalistas, las circunstancias atmosféricas y la configuración del terreno han sido sus peores enemigos, y uno se imagina entonces que la ofensiva de Franco ha de realizarse en un terreno y en un momento escogidos: ofensiva en masa, amplia y profunda, arrebatando de golpe las posiciones del frente, desembocando en terreno libre, prosiguiendo irresistiblemente su avance y rompiendo el equilibrio. Esta es una tarea muy difícil para un ejército cuyo Estado Mayor está poco experimentado, las tropas poco instruidas y las armas ofensivas deficientes. Las tropas de ataque correrían el gran riesgo de ser puestas en el mayor desorden durante su avance, privadas de buenas transmisiones y atosigadas por la aviación. El ejército enemigo podría transportar frente a ellas o contra uno de sus flancos grandes unidades y una artillería de reserva que dispusiese de una red de transmisión. Y el ataque en masa podría muy bien ser rechazado en desorden como lo fué el de Guadalajara.

¿Serán tan optimista Franco y el alto mando gubernamental como para tener la audacia de buscar próximamente algo decisivo en una ofensiva de esta clase? Considerando las realidades, lo dudamos.

Nos parece más natural que se dedique a ofensivas de objetivos limitados y de ejecución fácil, ya sea en un saliente como en Teruel, o en una región en la que uno de los flancos esté cubierto por el mar o por un obstáculo natural como el Ebro.

Ataques de esta clase pueden, en efecto, ser perfectamente preparados sin dejar nada a lo imprevisto; no exigen una gran cantidad de artillería. Repetidos en diferentes puntos del frente en plazos bastantes cortos, tomarían, si saliesen bien, un aspecto de victoria.

¿Es esta repetición rápida posible con las armas de acompañamiento de las armas de la infantería de que disponen los dos ejércitos? Es muy dudoso.

He aquí por qué la presente batalla de Teruel es muy significativa. Si permanece indecisa, como parece verosímil; si no le sigue una ofensiva del uno o del otro de los dos ejércitos en otra parte del frente, será que la fuerza ofensiva de cada uno de ellos es todavía demasiado

(Continúa en la página siguiente)

El general francés Armengaud y la situación de Franco

El general francés Armengaud, perteneciente al arma de aviación, crítico militar distinguidísimo, estuvo recientemente en España estudiando técnicamente nuestra guerra. Y de regreso en su país, ha publicado en «La Dépêche» de Toulouse un artículo muy interesante.

En él, luego de reconocer que nosotros sólo tenemos en nuestro Ejército escasísimos voluntarios extranjeros, llega a la conclusión de que Franco, pese a los refuerzos que recibió en noviembre y que procedían del Norte, es impotente para romper estratégicamente, de un modo explotable, las líneas republicanas y para ganar, como consecuencia, una batalla decisiva. Y agrega que si Italia y Alemania quieren que venza, tendrán que hacer nuevos y enormes sacrificios.

Franco sabe de sobra que el problema militar se le plantea de la forma que Armengaud explica. Por eso envió a Mussolini aquel vergonzoso telegrama, redactado en bajos términos de adulación rastrera, en que le felicitaba por su último gesto espectacular, le declaraba campeón de la civilización europea—de la civilización europea que atacan sus aliados japoneses—y le suplicaba que siguiera mandándole material y hombres...

¿Qué hará Mussolini en vista de lo ocurrido en Teruel? ¿Y qué hará Hitler? Ambos esperaban que el trompeteo generalísimo Franco, una vez terminada la campaña del Norte, hiciera en otros sectores del frente hispano una gran concentración de unidades, cañones, ametralladoras, aeroplanos y carros de asalto, rompiera con ella nues-

tro sistema defensivo y nos asestara un golpe mortal.

Su perplejidad y su desilusión han tenido que ser muy grandes al enterarse de que Franco, lejos de atacar, era atacado, y lejos de sorprender, era sorprendido completamente.

Sin duda, los éxitos parciales de su contraataque espectacular de fines de diciembre, les consoló de los reveses primeros. Mas a ellos siguieron luchas obstinadas y confusas y a estas últimas una crisis muy extraña. Mientras los franquistas se agotaban ante las improvisadas trincheras de Rojo y de Saravia, los defensores de Teruel se rendían sin condiciones.

Armengaud se pregunta si el duce y el führer harán nuevos y costosos sacrificios por Franco. Y no acierta a darse una contestación. Bien es verdad que a la hora actual, el celebrísimo Comité de No-Intervención de Londres sigue reuniéndose para tratar de la repatriación de los voluntarios y el reconocimiento de la beligerancia, y que asisten a esas reuniones los delegados de Italia, Alemania y Portugal.

Franco está perdido si no le ayudan de nuevo y de un modo costosísimo. Esta es la conclusión a que llega el general Armengaud en su trabajo periodístico de «La Dépêche» de Toulouse.

¿Lo leerán y tendrán en cuenta sus juicios los dirigentes franceses, ahora preocupados por una crisis política grave? Es de desearlo...

F. V.
(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

La situación militar en España...

(Continuación)

débil para obtener un gran triunfo militar.

La batalla de Teruel plantea, pues, la grave cuestión de saber si los dos aliados de Franco que tanto lo han ayudado y tanto lo han comprometido dando por descontado su triunfo, se resignarán a esta situa-

ción o si se decidirán a proporcionarle una mayor fuerza ofensiva, es decir, cañones y aviones en gran cantidad.

GENERAL ARMENGAUD,
del Ejército del Aire
(«La Dépêche de Toulouse»,
14-1-38.)

“Hablar de la aviación legionaria en España es hacer historia de la aviación italiana”, confiesan los fascistas de Mussolini

Roma, 14.—El «Giornale d'Italia» publica un artículo relativo a un libro de Guido Mattioli titulado «Historia de la aviación Legionaria», en el cual se dice que el hablar de la «aviación legionaria en España es hacer historia de la aviación italiana».

El artículo destaca que, en julio de 1936, sin el concurso de los «Fiats» de Marruecos, no hubiera sido posible a los facciosos transportar tropas. La aviación del Tercio fué la primera aviación legionaria que permitió a los nacionalistas sus primeros éxitos. Desde entonces, se ha desarrollado la aviación legionaria de bombardeo y de caza, y es el arma más importante con que cuentan los facciosos. «Si en África oriental—dice el artículo—tuvo al adversario aéreo, en España el adversario aguerrido existe.»

El libro, publicado en Roma con permiso de las autoridades, podrá servir de documento para el Comité de No-Intervención.

Cómo han festejado en Sevilla el santo de Queipo

Tánger, 13.—Por un viajero llegado a ésta de Sevilla, se sabe que el día 10 del corriente, santo de Queipo de Llano, la ciudad entera apareció llena de pasquines de los colores republicanos, en los que se leía: «Nos estáis engañando. Los rojos son dueños de Teruel desde el 23 de diciembre. Queremos rendirnos, porque ya lo estamos de pasar hambre. ¡Mueran Queipo y su cuadrilla! En Sevilla somos rojos hasta los de Falange, porque somos españoles. ¡Viva el Ejército del pueblo! ¡Viva la República!»

Estos pasquines aparecieron, en las primeras horas del día, pegados en las fachadas de muchas casas de la calle de Tetuán, Sierpes, Campana y Primo de Rivera, domicilio de fascistas recalcitrantes.

Teruel y el salazarismo

Por GIL STONE

La victoria conseguida por el pueblo español con la conquista de Teruel debe haber sido para la dictadura portuguesa un rudo golpe. Considerado como el combate más importante y más significativo de la guerra civil española, el enorme triunfo de los leales demuestra una vez más la inquebrantable voluntad del alma nacional de un pueblo que se bate por la patria, por la justicia y por la libertad contra los traidores y contra la invasión de las legiones de Mussolini e Hitler.

Este hecho heroico y casi sobrehumano de las tropas republicanas españolas, ha asestado al fascismo el golpe más rudo y más desmoralizador que jamás haya sufrido. Grande ha debido ser el efecto que este resultado haya producido en los portugueses adictos a la macabra secta y principalmente en Salazar, que, contra la voluntad de nuestro pueblo, ha ayudado y facilitado la traición de Franco, sometién-dose a italianos y boches, los cuales han puesto en peligro la civilización y destruido la fe en los principios humanitarios.

A estas horas, Oliveira Salazar estará probablemente meditando sobre la enorme responsabilidad que ha contraído ante su propio pueblo y ante el mundo entero, por haberse colocado al lado de una «partida de salteadores de caminos», cuyos crímenes no tienen límite... Mientras haya en España un hombre fiel a la patria, Franco y las tropas extranjeras no tendrán un momento de tranquilidad, porque el espíritu nacional y patriótico no puede ser destruido jamás. El ejemplo de nuestros hermanos de la península ibérica debe despertar en la conciencia de Oliveira Salazar el presentimiento del gran fracaso

so de la dictadura portuguesa, y cuanto más rápida sea la victoria del pueblo español, más pronto caerá en Portugal el salazarismo, que se ha mantenido por la violencia y por la falsa e insidiosa propaganda con que procura cubrir y disimular la miseria y la agonía en que vive nuestro pueblo, bajo el yugo nefasto y terrorista de las hordas de Salazar.

Como siempre ocurre, la prensa portuguesa del otro lado del Océano procurará desfigurar la verdad y quitar importancia a la gran victoria del UNICO y legítimo Gobierno español, y los reportajes facciosos pagados por nuestro Gobierno tratarán de echar sobre los ojos del pueblo la polvareda de sus mentiras; pero, ello será en vano. La nación portuguesa dejó hace mucho tiempo de creer en el charlatanismo de sus dirigentes... La prueba de esto es que, en los últimos tiempos, cada vez que aparece en el cine el general Franco, el público manifiesta su adhesión al traidor de España entre silbidos y pateos, a pesar de la gran propaganda que hace el Gobierno de Salazar en favor de los rebeldes.

La caída de Teruel ha minado la moral de los fascistas y, por lo tanto, a la dictadura portuguesa, haciéndole ver, con brutal realidad, la desfavorable situación en que se encuentra.

Cuando suene el toque de la victoria final de los paladines españoles que se baten por los más sagrados derechos y convicciones, lo mejor que Oliveira Salazar puede hacer es preparar las maletas y marcharse del país.

(«La Voz». Nueva York,
24-XII-1937.)

El ejemplo de España

LECCIÓN DE SANGRE

Nuestros buenos amigos, los diputados y políticos que nos visitan, tendrán ocasión de compadecerse por los destrozos que la guerra interior nos viene causando. Podrán ver la vida profunda y antigua de España, abierta como un cadáver. Verán bellas ciudades devastadas. Museos, catedrales, palacios, universidades, escuelas, hogares hechos trizas. Reducidas a escombros las obras que produjo el espíritu de un pueblo, durante siglos y siglos de vivir y soñar. Naturalmente habrán de preguntarse los motivos de esta inmensa estupidez. ¡Ah! les dirá el buen juicio: las guerras son inevitables. Obedecen a una fatalidad de carácter biológico. En el supuesto de que nuestros visitantes sean ingleses y laboristas, tal vez no admitan, así como así, ese destino que paraliza la acción de la cultura y empuja a unos pueblos contra otros, o a unos españoles contra otros españoles. Mirarán hacia el origen económico de estas riñas monstruosas y sentirán un estremecimiento, pensando que al formidable imperio inglés le llegue la hora de sufrir tales sacudidas. Si de algo sirve España actualmente, aparte de conejo de Indias de la guerra totalitaria, es de lección para los pueblos avisados y los pueblos necios. No decimos, para la humanidad, porque esta gran palabra oronda carece hoy de sentido político.

El caso español, típicamente, es el de una catástrofe traída por el no conformismo histórico de una casta social, empotrada en sus privilegios. Es posible, con perdón de la incredulidad marxista, que la aristocracia y la alta burguesía inglesas se avengan a aceptar, mejor que las españolas, la ley del progreso de las clases productoras. Preferimos creer que una educación realista de la lucha social les evite oponerse a la evolución del proletariado mediante la voladura, o la venta ignominiosa, de la patria. El episodio de Rusia y el de España enseñan lo bastante. Y no menos enseñan Alemania e Italia, que con apariencias distintas, implican la misma obstinación de una clase enemiga del orden equitativo y democrático del Estado y abocada a una explosión revolucionaria.

Nada mejor para ilustrar a los amables turistas de nuestra tragedia, que sus antecedentes. España derriba a la Monarquía en unas elecciones municipales, en abril de 1931. No diremos si la Monarquía era buena ni mala. Era un proceso político consumado, a despecho de una clase y por ley de descomposición. Las Cortes Constituyentes de la República promulgan una Carta que declara la renuncia de España a la guerra como sistema de política exterior. Se instaura el Estado laico, la Reforma Agraria, el saneamiento financiero. Unos datos. El uno por ciento de los ciudadanos venía siendo dueño del 51 y medio por ciento de la tierra. Otro 40 por ciento de la población no tenía ni un celemin de suelo de su propiedad. La Iglesia cobraba aproximadamente 60 millones anuales del Estado. El sistema bancario e industrial tenía carácter especulativo y usurario como en ningún otro país. Más que a la prosperidad, tendía al negocio. Había poderosos señores,

el marqués de Urquijo o Ruíz Senén, que eran consejeros de 34 y 43 empresas, respectivamente, acaparadoras de casi todas las actividades nacionales.

La República se encontró con una espantosa deuda pública, que el arbitrio de Calvo Sotelo, durante la Dictadura, hizo elevar en unos siete millones de pesetas. Carner y Prieto procedieron rigidamente a enjuagarla con un «budget» de honestidad. Se abren escuelas. Por término medio, 6.648 en los primeros años de República, contra 493 en los años de Monarquía y 833 cuando la República pasa a manos de la reacción. Las Misiones pedagógicas siembran el país de curiosidad intelectual y poética. Indalecio Prieto intensifica el plan de riegos.

Esta República fué traicionada. En abril de 1931 es elegido Presidente Alcalá Zamora. Grave error. Este hombre había prometido, al saltar del Gobierno, alzar la bandera revisionista de la Constitución. Su obra fué ésta: en 26 meses, trece crisis y 58 ministros. 540 millones a los grandes de España, como indemnización por la Reforma Agraria; 200 a las empresas navieras; 158 a la Compañía de Jesús; 30 a los acaparadores de trigo; 18 para adquirir autos oficiales. Varios negocios sucios. El «straperlo» y el asalto frustrado al Tesoro Colonial. La obra de Alcalá Zamora y las Cortes de 1933, debidas al contubernio de los republicanos y los reaccionarios—Lerroux y Gil Robles—llenó de amargura al país, cuyo sentimiento auroral se vió enlodado. Entonces se produjo la reacción popular de octubre, presidida por el Partido Socialista, cuyos esfuerzos de moralización fracasaban en un Parlamento de «señoritos» y vividores políticos. Estas Cortes funestas fueron formadas por un defecto de la ley electoral que, para obtener mayorías homogéneas, otorgaba una prima considerable a las fuerzas que dominaban levemente. Ello se prestaba a combinaciones, que los republicanos radicales, sin fuerza real ni crédito, aprovechaban.

ron. Así ocurrió que los republicanos de izquierda y socialistas, con 3.500.000 votos, sólo tuvieron 93 actas, mientras las derechas católicas, con 2.500.000, alcanzaron 167 representantes. De la misma manera los comunistas, con 250.000 votos, sólo tuvieron un acta. Y los monárquicos, con 750.000, dispusieron de 43 diputados. Resumen. Estas Cortes artificiales se aplicaron a deshacer la obra de la República, en lugar de conservarla, que es lo que corresponde a las fuerzas conservadoras.

El movimiento de octubre estaba sobradamente justificado. Sobrevino la represión brutal. Las fuerzas socialistas y republicanas organizan el Frente Popular que triunfa en 1936. Es la vuelta a la República. A los años creadores en que España fué gobernada únicamente por diecinueve ministros y se edificaban escuelas y reparaban tierras y el pueblo realizaba democráticamente su obra. Pero este retorno a la normalidad constitucional no podía ser tolerado. La aristocracia, la Banca, la Iglesia, el Ejército, deciden organizar partidas de pistoleros. En tres meses 28 atentados. Primo de Rivera y su Falange, cuentan con valedores poderosos, dentro y fuera. Goicoechea pacta con Mussolini, y Sanjurjo con Hitler. Entretanto, Franco, Godea, Queipo, Mola y otros fajines deciden estrangular la República, aunque la operación se pague con la independencia del suelo nacional. Así surge el alzamiento y la invasión, y el pueblo ve destruidas las obras de sus antepasados y el lugar nativo. No esperamos que esta síntesis sea difícil de juzgar. El pueblo español lucha como un hombre a quien se le quiere llevar a un mercado de esclavos, quitándole previamente su mujer y su casa y matándole los hijos. Por muy anglosajón que se sea, forzoso es reconocer que esta historia patética rinde moralejas para los hombres libres de todos los pueblos libres.

(«La Vanguardia», Barcelona 15-1-1938.)

¿Vacila la dictadura?

Hemos tenido conocimiento, a última hora, de un comentario publicado por la dictadura portuguesa sobre la situación española, en el cual nuestro Gobierno admite indirectamente que se metió en «camisa de once varas» al ponerse al lado de los traidores a España.

Según esta noticia, los gobernantes portugueses lamentan la situación en que se hallan, y para disimular el craso error cometido, dicen ahora que lo mismo les daba estar al lado de Franco o no, puesto que el peligro para Portugal sería el mismo... Esta evasiva, además de estúpida, demuestra falta de criterio y en nada disculpa el fracaso de la intervención de la dictadura lusitana en favor de la conspiración y de la guerra de los piratas contra el Gobierno español legalmente constituido.

No conocemos aún el efecto producido en los gobernantes de nuestro país por la conquista de Teruel; pero nos figuramos ya los «calofríos» y el terror que habrán sentido Oliveira Salazar y sus esbirros, pues es sabido que del triunfo de Franco depende la existencia de la dictadura en Portugal, a no ser que se repita en nuestra patria lo que está ocu-

riendo en España con la invasión de tropas italianas y alemanas, y no dudamos que el Dr. Salazar apreciaría el auxilio de los ejércitos de Mussolini y Hitler para continuar su reinado de despotismo y violencia.

El comentario a que hacemos referencia, sirve también para justificar el excesivo militarismo que Oliveira Salazar está organizando, y como la «sinceridad» de su alianza con Franco parece vacilar, dice ahora que es necesario defender al país.

(«La Voz». Nueva York. 25-12-37.)

EL “SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN” se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente